

Hay en todo el Quijote solamente dos momentos en los que nuestro caballero se enfrenta a una ficción teatral. Uno es el episodio de la carreta de las Cortes de la Muerte y el otro –bastante más famoso– el de su enfrentamiento con el retablo de maese Pedro. Don Quijote asume dos actitudes radicalmente contrastantes.

DON QUIJOTE Y LA FICCIÓN TEATRAL

Alonso Alegría

I
Es lo que llaman “el milagro del teatro” es un acto de malabarismo intelectual. Es hacer de cuenta que creemos en una realidad que sabemos no es real. No nacemos con esta destreza, la aprendemos culturalmente y rápido y pronto porque tiene gran valor recreativo. En efecto, pocas actividades más placenteras que ausentarse de la conciencia de la cotidiana realidad para perderse en una realidad virtual de emociones de todo tipo que no tienen verdaderas causas y por ende tampoco verdaderas consecuencias (en esto radica su gracia). Es agradable sentir terror sin tenerlo porque sabemos que es ficticia la fuente de nuestro terror virtual. Quien distingue entre lo ficticio y lo real es maduro y está cuerdo pero goza con hacer como que no distingue. Quien no distingue entre lo ficticio y lo real o es muy niño o está loco y la ficción lo afecta de verdad porque la sufre de veras. Asegura el refrán que sólo los niños y los locos dicen la verdad. Quizás porque para ellos la realidad real y la realidad virtual (o ficticia o teatral) son la misma dura y verdadera cosa.

Hay en todo el *Quijote* solamente dos momentos en los que nuestro caballero se enfrenta a una ficción teatral. Uno es el episodio de la carreta de las Cortes de la Muerte y el otro –bastante más famoso– el de su enfrentamiento con el retablo de maese Pedro. Don Quijote asume dos actitudes radicalmente contrastantes.

II
Poco después de uno de sus mayores y más crueles desengaños –el trágico encuentro con la falsa Dulcinea– Don Quijote, recién salido de una profunda pena, se topa



Don Quijote en la edición de Sevilla de 1854.

“El otro encuentro de Don Quijote con la ficción teatral es aquel famoso del retablo de maese Pedro. Aquí parece mucho menos probable que Don Quijote confunda realidades: más distancia se interpone entre un títere de pasta y una persona real que entre esta y un actor maquillado y vestido. Pero cuando los cristianos amantes (representados por pequeños títeres mudos y de espásticos movimientos) van huyendo de los moros y parecen ya capturados y perdidos, Don Quijote –que hasta ese momento mostraba actitud de puntilloso crítico– de pronto enarbola su espada y da al traste con el retablo y los pérfidos moros perseguidores”.

con una carreta llena de “los más diversos y extraños personajes y figuras que pudieron imaginarse”. El carretero es un feo demonio, sobre la carreta va la Muerte con rostro humano acompañada de un ángel con alas, un emperador con corona y el dios Cupido, y vienen también en el impresionante cortejo un caballero armado con un sombrero de plumas de colores y otros personajes con distintos trajes y rostros, “todo lo cual visto de improviso, en alguna manera alborotó a Don Quijote”, quien pensó que esta podía ser oportunidad para una gran aventura. El cortejo por cierto le mete miedo a Sancho. Nuestro caballero reclama: “Carretero, cochero, o diablo, o lo que eres, no tardes en decirme quién eres, a dónde vas y quién es la gente que llevas en tu carricoche, que más parece la barca de Carón que carreta de las que se usan”. Nos cuenta Cervantes que “deteniendo el Diablo la carreta, respondió: Señor, nosotros somos recitantes de la compañía de Angulo el Malo y hemos hecho esta mañana el auto de Las Cortes de la Muerte”, con lo que Don Quijote queda satisfecho y confiesa: “desde muchacho fui aficionado a la carátula, y en mi mocedad se me iban los ojos tras la farándula”. Nuestro héroe se muestra no solamente cordial sino que se declara casi colega.

Tal desenlace resulta sorprendente. Don Quijote no hace mucho arremetió contra unos molinos de viento convencido de que eran gigantes, y sin embargo ahora distingue perfectamente entre un demonio y un hombre verosímilmente vestido y maquillado de demonio. Esperábamos confusión instantánea y trifulca grande pero nada: nuestro héroe pone en duda

desde un principio la identidad del demonio, llamándolo de preferencia carretero o cochero, y no le resulta nada difícil a ese diablo de espanto hacerle entender a Don Quijote que todos los extraños seres de su cortejo son apenas una compañía teatral. Sigue Don Quijote distinguiendo perfectamente entre realidad y ficción cuando, poco más adelante, deja de lado la admonición de Sancho de que en esa carreta efectivamente van aquellos peligrosos personajes. Y esa noche filosofa con sabrosura sobre la naturaleza y la misión del teatro y su valencia como metáfora de la vida. Este loco distingue perfectamente entre las dos realidades: teatro y vida. Por ahora.

El otro encuentro de Don Quijote con la ficción teatral es aquel famoso del retablo de maese Pedro. Aquí parece mucho menos probable que Don Quijote confunda realidades: más distancia se interpone entre un títere de pasta y una persona real que entre esta y un actor maquillado y vestido. Pero cuando los cristianos amantes (representados por pequeños títeres mudos y de espásticos movimientos) van huyendo de los moros y parecen ya capturados y perdidos, Don Quijote —que hasta ese momento mostraba actitud de puntilloso crítico— de pronto enarbola su espada y da al traste con el retablo y los pérfidos moros perseguidores. Cuando cae en su engaño, nuestro héroe tiene a mano la tristísima explicación de siempre: hechiceros enemigos lo han hecho tomar por real aquello que ahora admite fue ficción.

III

Intentemos sucintas explicaciones —conjeturales, claro— de por qué Don Quijote se muestra tan variable en su percepción de las dos realidades o —para ponerlo de otra forma— por qué su locura es tan mudable y antojadiza. Comencemos por una explicación científica. Ideaciones, alucinaciones y confusiones de la locura no se someten a una lógica o patrón coherente (de ahí parte de su sobrecogedora fuerza) sino a los vaivenes y fluctuaciones de la química del cerebro que propicia más, o propicia menos, una falsa percepción de la realidad. La locura puede sobrevenir en cualquier momento, independientemente del estímulo. Por ello Don Quijote confunde molinos con gigantes en un momento y en el otro distingue



La ciudad de Argel a mediados del siglo XVI, según un grabado de la época.

ÁGAPE DE DON QUIJOTE

Jorge Eduardo Eielson

Saliendo de un bosque chorreante, esmeralda y tomate, don Quijote quedóse de pronto sin grupa, en dos alas de sastré, con afelpado donaire y yelmo deslumbrante. Malo andaba el rocín, con empacho de yerba y cebolla. Digestiva y santa espuma, apuestos jugos verdes en su belfo, convocábanse, cristalizaban, hervían y apestaban en el suelo, como en olla mil en aria algún cerebro viejo, corrompido. Muy tarde ya, murió Rocinante entre lágrimas de Sancho, en tanto el Caballero, en telaraña fulgurante, lloraba a chorros y rezaba acongojado. No bien cerróse el bosquezuelo cárdeno y umbroso cual molleja de pescado, partió la caravana fúnebre, cargada de rosarios, varias joyas y altos cirios vespertinos, dos al anca y dos de guardia a las orejas malolientes. Así que, con gran ofrecimiento y despedida, enterráronle en vetusta catedral, perdióse don Quijote en la espesura del santuario, deslumbrado. Altares cóncavos, llamas azules petrificadas contra el cielo azul, arañas áureas, tintineantes, mecíanse en su seno, y soplos y silbidos hacían los difuntos en

sus nidos, yacientes entre encajes céreos, amarillos y raídos. Lanzas de hielo surgían de entre naves encendidas, en donde el Caballero urgido, envuelto en misterioso terciopelo, arrodillábase y, rezando, se orinaba. En tal colmena santa, tocadas de fugaces y nevadas galas, las rosas del Señor, al descuido, se secaron e inclináronse llamando un mosquito fino e inocente a su corola.

Don Quijote bobo en los altares, turbado y ofendido en tan espléndido festín, emprendió la cacería del bichejo. Rodaron santos enojados, luminarias y alabardas; espejos glaucos, relucientes, colgados cual jirones del diluvio, volaron en añicos; cayéronse vitrinas y palomas y murciélagos brotaron aterrados de los arcos carcomidos. Ante el haz de tan furioso caballero, todo aquel techo dorado y sonoro y cargado de luz, desplomóse en su testa acalorada. Don Quijote felicísimo e ileso en una esquina, sonriente, sostenía entre los dedos de esqueleto un mosquito pálido, aterrado y moribundo. ■

En la Mancha, 1946.

bien entre demonio teatral y demonio real.

Pero quizás —mucho y poco sabemos sobre la locura— la naturaleza del estímulo es importante. Cuando enfrenta a la carreta, lo que Don Quijote percibe es la apariencia de los personajes y no los personajes en acción, inmersos en el drama que propicia la emotividad del espectador o testigo. El demonio y la muerte y demás personajes están quietos, trepados sobre la carreta, más aburridos y cansados que otra cosa. No así los personajes títeres del retablo. Es precisamente cuando los amantes cristianos en fuga desesperada están a punto de ser capturados y dados muerte (o peor) por los moros cuando Don Quijote alucina que todo aquello es realidad y, sin más ni más, interviene violentamente. Porque es emocionante, la peripecia de los muy inverosímiles títeres de pasta resulta provocadora de confusión de realidades. Porque es pasiva e indiferente la pasiva presencia de los muy verosímiles personajes de la carreta no causa ni un asomo de confusión.

IV

Pero hay una tercera y más convincente explicación para las variaciones del Quijote al interpretar realidad y ficción. No contradice sino quizás más bien refuerza las anteriores. Es la pura y simple necesidad literaria. La estructura novelística del *Quijote* —una serie de incidentes no vinculados entre sí por causa y efecto— obliga al autor a terneros, como lectores, de sorpresa en sorpresa. Esperábamos que atacara a la carreta sin más ni más pero nuestro héroe trata cordialmente a sus ocupantes. Esperábamos que mantuviera con el retablo su calma actitud de crítico experto pero se altera y da al traste con todo. Cervantes sabe que, tratándose de un loco, cualquier cosa puede pasar en cualquier momento. Sabe también que la locura es la confusión definitiva e involuntaria de lo real con lo ficticio. Poniendo a don Quijote frente a la ficción teatral, don Miguel pone a prueba la verosimilitud de su locura. Y esta —porque es locura— reacciona en forma impredecible y, por ende, no sólo de manera científicamente apropiada sino también artísticamente válida. ■